

Jesús Murillo

FERNANDO SCHWARTZ O DE CÓMO NOVELAR Y REVELAR LA HISTORIA

Ante una sala abarrotada, que movió a nuestro invitado a bromear recordando su récord de mínimo aforo en una funesta conferencia pretérita en Valencia, comenzó la fiesta de la literatura con el polifacético don Fernando y con *Fábula* (por trigésima segunda vez).

Desde pequeños y sin saberlo, creamos y recreamos historias bajo un condicional extraño: *Tú te caías del árbol y yo te disparaba*, una fórmula con infinidad de posibilidades históricas, futuras y futuribles. Comenta el diplomático que a la hora de relatar acontecimientos históricos lo tenemos que hacer sin estridencias, para lograr que la novela sea un relato creíble en el cual te-

nemos que encajar, sin pomposidad, la ficción en la verdad.

Cuando creamos un personaje ficticio y lo convertimos en verdadero, entra en juego la definición de 'destino' como el marco predeterminado de la vida del personaje, donde creamos una peripecia en un cuadro inamovible (histórico): es, pues, la contradicción entre el libre albedrío de nuestras vidas y un final inexorablemente conocido. Con todo, se deben crear personajes verdaderos cuyas actitudes se explican por esos mismos destinos irrevocables.

El modo de llevar la historia del personaje dentro de la Historia tiene tantas posibilidades





como autores. Sirvan estos tres títulos para dar cuenta de alguna de esas formas: *La fiesta del chivo*, *Las benévolas* y *Suite francesa*.

En la novela del peruano Mario Vargas Llosa nos encontramos ante un modo de escritura basado en la intriga, donde no se desvela nada hasta el final. Por otro lado, *Las benévolas* responde al paradigma propio de la novela de laboratorio: una historia imaginada con principio y fin, amén de un exhaustivo proceso de investigación. Sin embargo, la de Irène Némirovsky es una novela del recuerdo, donde pesan más los aspectos personales y humanos del protagonista.

Otro consejo: si vivimos en una cultura visual y todo nos entra por los ojos, también lo hará la escritura, por lo que el novelista debe cuidar su lenguaje, haciéndolo atrayente y entendible y mágico (diría yo).

Novelar la Historia, como vemos, es un proceso muy complejo y más teniendo en cuenta que nuestro marco-punto de partida es una materia de dominio público, con verdades

y mentiras, claros y oscuros, por lo que, concluye don Fernando, hay que ser tolerante con ella.

Escribir, pues, novela histórica es un largo proceso de tolerancia en el que no debemos olvidar (ni perder de vista) la puntualidad, la puntillosidad y la credibilidad de los datos aportados. Otro secreto del proceso es la paciencia: ir paso a paso, ya que uno de los grandes errores que el escritor puede llegar a cometer novelando la Historia pretérita (y novelando en general) es perderse en digresiones e inventivas.

Como no se ganó Zamora en una hora: paso a paso, no cedamos a la tentación de poner ni la última ni la primera frase definitivas.

Decía Oscar Wilde que la mejor forma de vencer a la tentación es cayendo en ella. Caiga pues, querido lector/escritor y novele o revele la Historia, como usted prefiera.